

sosegasen con su venida, pues no era á otra cosa, sino sólo por su bien y libertad. A lo cual le respondió Maxizcatzin: señor seáis muy bienvenido, que á vuestra casa venís; aquí están nuestro padre Xicotencatl, y todos los demás señores y caballeros de la señoría de Tlaxcalan que os han estado aguardando, y han deseado infinito conoceros y veros, y así entrad á descansar: y luego por sus propias manos Xicotencatl le dió unos ramilletes de flores que tenía Maxixcatzin, de que se holgaron infinito Cortés y todos los suyos, y comenzaron á tocar las trompetas, cajas y ministriles, y á tremolar las banderas á usanza de guerra en señal de paz; y tomando el un brazo á Xicotencatl, se fueron los dos á la sala más principal de su casa, y habiéndole dado su asiento y acomodado todos los suyos, le regaló y dió muy espléndidamente á todos de comer este día, y los más que los nuestros estuvieron en Tlaxcalan. En este capítulo y los que se siguen que tratan de las cosas de la señoría de Tlaxcalan, no sigo los autores que han escrito la historia de la conquista, sino la que escribió Tadeo de Niza de Santa María, natural de la cebecera de Tetiepac, por mandato de la señoría, siendo gobernador de ella D. Alonso Gómez, que la dió al padre Fr. Pedro de Osorio para que la llevase á España á su majestad, la cual se escribió en el año de mil quinientos cuarenta y ocho; y los autores que se hallaron presentes á todo lo sucedido en ella, como testigos de vista, fueron Miguel Tlachpanquizecatzin regidor perpetuo y natural de Quiahuiztlan, Toribio Tolinpanecatli, D. Antonio Calmecahua, D. Diego de Guzmán, D. Martín de Valencia Coyolchichiyuhqui, y otros que no se ponen aquí sus nombres; y había treinta y un años que entró Cortés á esta tierra, y es la más cierta y verdadera de cuantas están escritas, pues fué hecha con tanto acuerdo y de quien tan bien lo sabía.

## CAPITULO LXXXIV

*Que trata de todo lo que á Cortés le sucedió todo el tiempo que estuvo en Tlaxcalan.*

Detúvose Cortés con los suyos veinte días en Tlaxcalan, en donde fueron muy bien tratados y regalados. Cortés les pidió que tuviesen por bien permitir, que él y los suyos visitasen toda la ciudad, los templos y palacios de los cuatro señores de la señoría; y habiéndolos visitado y visto su concierto y fortaleza del sitio, que ya estaban asegurados de él, y que era gente que vivía con orden y policía, que guardaba justicia y que se les podía fiar cualquier negocio, comenzó á predicarles la fe de Cristo nuestro Señor, y á persuadirles dejasen la idolatría y sacrificio de hombres, dándoles á entender que los ídolos que ellos adoraban eran demonios, de tal manera, que aunque de todo punto no los pudo convencer, mas con todo hizo la sala principal oratorio de Xicotencatl, <sup>1</sup> poniendo una cruz y una imagen de nuestra señora, en donde de ordinario los días que estuvo allí se decía misa; y otra cruz se puso en el mismo puesto en donde le recibió la señoría, con muy gran solemnidad de los españoles, de que estaban muy admirados los tlaxcaltecas, viendo que los cristianos adoraban al dios que ellos llamaron Tonacaquahuítl, que significa árbol del sustento, que así lo llamaban los antiguos. Asimismo la señoría acordó de

<sup>1</sup> Aquí debe decir: hizo oratorio la sala principal de Xicotencatl.

dar sus hijas á Cortés y á los demás sus compañeros; de manera que Xicotencatl (que fué el que dió este parecer), eligió á dos hijas suyas llamada la una Tecuiloatzin y la otra Tolquequetzaltzin; Maxixcatzin eligió á Zicuetzin hija de Atlapaltzin; y el de Quiahuiztlan á Zacuancozcatl hija de Axoquentzin, y á Huitznahuazihuatzin hija de Tecuanitzin; y habiendo juntado otras muchas doncellas con estas señoras, se las dieron á Cortés y á los suyos, cargadas de muchos presentes de oro, mantas, plumería y pedrería; y dijo Maxixcatzin á Marina que dijese al señor capitán, que allí estaban aquellas doncellas hijas de Xicotencatl y otros señores nobles, para que él y sus compañeros las recibiesen por mujeres y esposas. Cortés les dió las gracias, y las repartió entre los suyos, porque no pareciese que menospreciaba la dávida y el emparentar nuestros españoles con ellos; y por usar de magnanimidad y en recompensa de la dávida, pidió ciertos mensajeros que fuesen á Cempoalan para traer cantidad de mantas, enahuas, huipiles, pañetes, cacao, sal, camarones y pescado, que todo ello, traído que fué, lo repartió entre las cuatro cabezas y los demás señores tlaxcaltecas, y fué para ellos de muy gran merced y regalo, porque carecían de todo ello: fueron al efecto ciento veinte personas nobles y doscientos hombres para cargar, y les ayudó un español que tenía puesto en Cempoalan, y el señor de allí llamado Chicomacatl. Asimismo fué esta gente por abrir y hacer camino seguido desde Tlaxcalan á Cempoalan; y entre los más principales que fueron electos para este viaje de parte de Xicotencatl, fué uno llamado Icueten; de parte de Maxixcatzin, Totoltzin, Chiuhatlalpaltzin; y de Tlehuexolotzin, Yaotzin y otros que no se ponen aquí por excusar prolijidad. Estando en esta ciudad Cortés, se le vinieron á dar por amigos los de Huexotzinco, ciudad principal y república como la de Tlaxcalan, y todos de un linaje. En la pintura que aun el día de hoy guarda el cabildo de esta señoría, se halla que en esta sazón se bautizaron los señores de ella por Juan Díaz, clérigo, y fué su padrino el capitán Cortés: el primero fué Xicotencatl, que se llama

mó D. Bartolomé; y tras de él Zitlalpopocatzin, que se llamó D. Baltazar; y luego Tlehuexolotzin que se llamó D. Gonzalo; y el postrero Maxixcatzin, que era mancebo, se llamó D. Juan; y los otros eran ya viejos, y más que todos Xicotencatl. En todo el tiempo que allí se detuvo, los embajadores de Mexico cada día le importunaban, que se saliese de allí y se fuese á Mexico; y así cuando vieron que se quería partir, le aconsejaron que se fuese por Chololan, ciudad muy populosa, rica y amiga de Motecuhzoma; y aunque los de Tlaxcalan se lo impedían por los inconvenientes que ellos le ponían, pero al fin se determinó á ir á ella llevando consigo seis mil tlaxcaltecas de guerra, aunque le querían dar mucho más, y por caudillos de ellos á Hepapalotzin, Tlacatecuhtli, Quanaltecatl, Tenamazuicuiltzin, Imiztli, Matzin y Axayacatzin; aunque se volvió.<sup>1</sup> Por el camino salieron á recibir á Cortés y á los suyos más de diez mil hombres de Chololan, con grande regocijo; y habiéndolos entrado en la ciudad y dádoles muy buena posada, regalando espléndidamente á los nuestros, aquella noche los embajadores de Motecuhzoma tornaron otra vez á porfiar con Cortés que no pasase á Mexico, poniéndole mil dificultades, de tal manera que se receló de ellos y de los cholultecas, y así mandó á los tlaxcaltecas sus amigos se pusiesen ciertas señales en sus cabezas para que fuesen conocidos, porque quería hacer un castigo ejemplar en los cholultecas y mexicanos; y pidió á la señoría de Chololan, que todos los magnates y señores de ella se juntasen en la sala y consistorio donde se solían juntar siempre, para tratar con ellos ciertas cosas que les convenía, porque se quería ir de su ciudad; y que asimismo en el patio de él juntasen los más de los ciudadanos, para que allí fuesen escogidos los que fuesen necesarios para llevarle el bagaje, con lo que vinieron muchos así de los nobles como de la gente plebeya, que hinchieron el patio y sala, y aun á la redonda de él había; y habiendo juntado á los treinta de ellos,

<sup>1</sup> No se comprende el final de este período.

los más principales, los prendió y hizo con los suyos tomar las puertas, sin que dejasen salir á nadie; y luego llamó á los embajadores de Motecuhzoma, y les dijo que aquellos presos le habían confesado una traición que por su orden tenían urdida á él y á los suyos, lo cual no podía creer de Motecuhzoma su señor, que tratase de matarlos: los mexicanos dieron sus disculpas, diciendo que ellos y su señor estaban muy inocentes de semejante culpa y traición. Cortés mandó matar algunos de los treinta señores, y disparando un arcabuz (que era la señal que tenía dada á los españoles para que saliesen á los del patio y los matasen) se ejecutó así, y en menos de dos horas mataron más de cinco mil, saquearon y quemaron las casas más principales de la ciudad y los templos de ella; y el templo mayor donde se habían acogido muchos sacerdotes y señores principales, lo quemaron, en donde murieron los más. Fué tan grande el temor y espanto que causó este hecho, que fué sonado por toda la tierra; y la ciudad en un instante quedó toda ella desamparada, y el despojo fue muy rico, de mucho oro, pedrería, mantas y cosas de pluma, porque era la ciudad más rica que había en toda la tierra, pues los moradores de ella eran todos mercaderes. Cortés, hecho esto, hizo soltar los presos que quedaban, con calidad que hiciesen venir la gente á la ciudad con toda paz y quietud; y así lo hicieron, pues dentro de un día se tornó á poblar y henchir la ciudad como antes estaba, y quedaron por amigos de él y de los de Tlaxcalan. La señoría viendo que con la refriega y mortandad de Chololan, estaban Cortés y los suyos faltos de mantenimientos, los socorrió de estos bastantemente, y en persona fueron á verle Maxixcatzin y los de su cabecera, Zitlalpopoltzin<sup>1</sup> de la de Quiahuitlan con Axoquentzin, Tlehuexolotzin, Tequitlatotzin, Tzompantzin, Axayacatzin, Mocuetlazatzin y Tzicuhcuacatl, habiéndose ofrecido á Cortés á ayudarle á todo lo que se le ofreciese. Lo agradeció mucho y les dijo, que por entonces se vol-

<sup>1</sup> Citlalpopocatzin.

viesen, que cuando hubiese necesidad de socorro de sus personas y valor, les avisaría, con lo cual se volvieron; y en quince días que estuvo Cortés en Chololan, fué siempre servido y favorecido de los tlaxcaltecas. A esta sazón tornaron los embajadores de Motecuhzoma á darle otro recado de parte de su señor, con seis patos de oro muy rico, muchas mantas y cosas de comer, satisfaciéndole que lo que se decía de él era fraude y engaño; que se asegurase de él que sería su buen amigo, y para satisfacción de esto se fuese luego á Mexico, que allí le esperaba con mucho deseo de verle y regalarle; y así dió orden de su ida á la ciudad de Mexico.